

SANTA TERESA DE JESÚS

UNA CONSECUENCIA PRÁCTICA

Hemos menester trabajar mucho; y ayuda mucho tener altos pensamientos para que lo sean las obras (*Camino de P., c.4*).

Muchos se quedan al pie del monte, que pudieran subir a la cumbre. En otras cosillas que os he escrito, os he dicho muchas veces, y ahora os lo torno a decir y rogar, que siempre nuestros pensamientos vayan animosos, que de aquí vendrá que el Señor os dé gracia para que lo sean las obras; creed que va mucho en esto.

(*Conceptps del amor de Dios, c. 4*).

Manos a la labor, decían los antiguos, y el Espíritu Santo nos advierte que lo que podamos hacer hoy, en este momento, no lo defiramos al día incierto de mañana. Es menester, pues, para que no sea estéril en nosotros la consideración de la magnanimidad de nuestra Santa, que los amantes teresianos den en este día una muestra del celo que anima su pecho por los intereses de Cristo; que devoto de santa Teresa de Jesús y persona que mire con indiferencia, que no tenga susceptibilidad por todo lo que diga relación a la mayor gloria de Dios, es imposible. Todos los amantes de Teresa de Jesús participan no poco del encargo que Jesús le hizo de velar por su honra, porque la honra de Teresa es la de Jesús, así como la de Jesús es la de Teresa. Así lo aseguró el mismo Jesucristo. Hoy, pues, debemos hacer examen, y averiguar qué podemos y debemos hacer para propagar, fomentar los intereses de Cristo Jesús; su honra, que es la honra de Teresa. ¡Oh, si los centenares de suscriptores y lectores y miles de lectores de ña Revista Teresiana tomasen un tantico de interés por esta honra! ¡Cuánto no mejoraría luego nuestra decaída España! ¡Dios mío!, tú que de las piedras sabes sacar hijos de Abrahán, ¿por qué no suscitas hoy en tu pueblo, si no un Moisés, porque de tanto no es digno, a lo menos una Débora esforzada, como lo fue Teresa en su tiempo, que nos comunique tus consejos y nos aliente por el buen camino? ¿No ha de ver ya más acaso la patria de tu privilegiada Esposa quien cele por tu honra con heroica firmeza? ¿Hasta cuándo, Señor, te mostrarás enojado con nosotros y no enviarás tu Espíritu que renueve la faz de tu España? Mas, ¿qué digo, Bien mío? Cúlpese nuestra indiferencia, no tu generosidad, pues no por tí se pierde el que todos seamos cautos.

Por si acaso las razones que hemos alegado para demostrar la magnanimidad de Teresa, no han ensanchado todavía el corazón de algunos de nuestros lectores, moviéndolos a obrar algo a mayor gloria de Dios, hoy vamos a omitir para convencerles toda clase de argumentos, que no siempre tienen eficacia, y contestaremos a los reparos o excusas con ejemplos prácticos de nuestra gran Teresa.

Una de las razones más poderosas, si no la única, que retrae a muchas almas de emprender cosas del servicio de Dios, es la falta de recursos. No tenemos dinero, dicen, y hoy día sin dinero nada se puede hacer. – Esta razón, amigos míos, tendría fuerza tratándose de asuntos meramente humanos, pero no cuando éstos se ordenan a promover la honra de Jesús de Teresa. Porque tenemos en este caso la ayuda especial de Dios, y aunque no tengamos dinero, tenemos de nuestra parte al Señor, que es dueño de las rentas y renteros, como advierte nuestra animosa Santa, y con ello nos sobra para dar cima a las obras más costosas. Teresa de Jesús con su ejemplo nos convence y demuestra esta verdad.

Sólo un cuarto tenía en casa cuando comenzó la obra de acomodar la Iglesia que tuvieron primeramente en el monasterio de San José de Ávila, y eran menester por ello muchos reales, y todo se hizo y se pagó. Cuando entró en Sevilla a fundar, no entró más que con una blanca, sin conocer a nadie que la ayudase; mas no desmayó por eso, ni dejó de ir adelante, y antes que de allí saliese dejó comprada casa de seis mil ducados. Cuando salió de Ávila a la fundación del segundo monasterio, para dejarlas acomodadas a sus hijas de huerta y casa, no dudó en adeudarse en nueve mil reales. Y salió bien en este negocio, y todo se pagó. Así decía a los que esperaban tener todo el dinero reunido par aprender algo en honra del Señor, que no lo retardasen, porque nunca o raras veces les saldría bien, que algo se ha de fiar de la Providencia._ Teresa y una blanca no son nada, replicaba con confianza; pero Teresa, una

blanca y Dios lo son todo. ¿Qué cosa más difícil en lo humano que fundar una mujer pobre, vieja y enferma una casa con su huerta, iglesia, y con la seguridad de que no ha de faltar el alimento y vestido necesarios por muchos siglos a trece personas?. Pues santa Teresa con su magnánimo corazón y confianza en Dios, después que hubo fundado, no una, sino treinta y dos de estas casas en el espacio de veinte años, aseguraba para alentar a los pusilánimes que para fundar un convento bastaba un zaguán y una campana: lo demás Dios lo irá proveyendo.

Con todo, no me maravilla que muchos devotos de la magnánima Teresa no se atrevan a emprender alguna obra ruidosa a la mayor honra de Dios, porque no tienen gustada por experiencia la providencia suavísima de Dios, que acude siempre con presteza en auxilio de quien le invoca con viva fe y confianza. Acobarda mucho a personas que aún no conocen del todo la bondad del Señor por experiencia, aunque la conocen por fe¹. A estos miedosos conviene recordarles, y debe animarlos, el precepto que dio el Señor a nuestra Santa, cuando no sabía aún por experiencia cuánto le place al Señor mostrarse garboso en ayudar a los que emprenden cosas a su servicio. Andaba en tratos de la fundación del primer convento de la Reforma, y desanimábase viendo la casita que había de servir para principio, como ella lo cuenta por estas palabras: “Hacíaseme la casa muy chica, porque lo era tanto, que no parece llevaba camino ser monasterio, y quería comprar otra, ni sabía con qué, ni había manera para comprarse, ni sabía qué me hacer, que estaba junto a ella otra también harto pequeña para hacer la iglesia; y acabando un día de comulgar, díjome el Señor: “Ya te he dicho que entres como pudieres”. Y a manera de exclamación también me dijo “¡Oh codicia del género humano, que aun tierra piensas te ha de faltar! ¿Cuántas veces dormí yo al sereno, por no tener a dónde me meter?”. Yo quedé muy espantada, prosigue la Santa, y vi que tenía razón, y voy a la casita, y tracéla, y hallé, aunque bien pequeño, monasterio cabal, y no curé de comprar más sitio, sino procuré se labrase en ella de manera que se pueda vivir, todo tosco y sin labrar, no más de como no fuese dañoso a la salud, y así se ha de hacer siempre” (Vida, c.33).

¿A cuántos que leerán estas líneas, si en su pecho late un corazón cristiano y español, y por consiguiente generoso, y revuelven en su ánimo algún proyecto a la mayor gloria de Dios, y no ponen mano a la obra en seguida por mil vanos temores y necios reparos, les repetirá Cristo Jesús las palabras que dirigió a Teresa: *Entra como pudieres. No aguardes a empezar la buena obra hasta tenerlo todo reunido. Algo se ha de fiar de mi providencia en las cosas que miran a mi honra?*. ¡Ah!, que si escuchásemos con docilidad este aviso y enérgica reprensión de Cristo, mejoraría muy mucho nuestra época actual! *Entra como puedas*,, paréceme oír a Cristo que te dice a ti, hermano mío, que proyectas una obra de propaganda católica, *que yo haré lo demás. Entra como puedas*, te repite a ti, joven animoso, que viendo como se pierde el mundo por no asociarse los buenos, todos los que oyen misa, te inspira la idea de fundar o propagar una asociación católica. *Entra como puedas*, te grita Jesús a ti, hombre pensador, que conociendo que el mal arranca de la primera enseñanza, te dicta que abras una escuela católica para librar la juventud de manos de maestros impíos. *Entra como puedas*, clama a ti Jesús, ¡oh sacerdote católico!, en la obra de la regeneración de la sociedad actual, procurando hacerte amable a la niñez y ganar el corazón de los pequeñuelos para Cristo, enseñándoles desde la primera edad a temer y amar a Dios, y las demás verdades de la doctrina cristiana. *Entra como puedas a reformar el mundo*, nos clama por fin a todos y a cada uno de los cristianos que lloramos en secreto los males públicos que nos cercan, y empieza por ti esta reforma, como Teresa de Jesús, siendo más fiel en el cumplimiento de tus deberes como cristiano y ciudadano. Creo que si todos examinásemos a la luz de estas verdades los motivos que nos detienen de obrar el bien, y nos atan a diferirlo para el día de mañana, el cual quizás nunca llegará, *quedaríamos*, como Teresa, *muy espantados de la reconversión que nos dirige Jesucristo por nuestra cobardía y pusilanimidad, y veríamos que tiene razón*. Muchas de esas dificultades son más bien aparentes que verdaderas. Que el demonio nos las abulta como a Teresa para impedir la buena obra, previendo el gran bien que de ella ha de resultar a muchas almas. *Quizá si examinamos mejor el asunto, puesta en sólo Dios la confianza, como la gran Teresa, lo que antes nos parecía cosa muy chica, que no lleva camino de ser lo que anhelamos, trazándola de nuevo, la hallaremos, aunque bien pequeña, cabal para el fin santo que nos proponemos, de manera que se pueda alabar a Dios por ello*.

Que no retarde nuestras santas obras la falta de recursos. No se ha visto empresa empezada con la bendición de Dios y con el fin de velar por su honor menospreciado, que se pierda por este motivo. Si decae, es más bien por apoyarnos demasiado en las ayudas del hombre, palillos secos de romero, que al cargarlos de algún peso de contradicción, se

¹. Camino de perfección, cap. 23.

quiebran. En Dios la confianza, y con la intención recta todo lo venceremos. Si así no lo hacemos en estos aciagos días, en que son muy pocos los vasallos que han quedado a nuestro divino Rey, y mucha la multitud que acompaña a Lucifer mereceremos oír de la boca de Cristo la reconvención terrible que dirigió a su enamorada Esposa: ¡Oh codicia del género humano, que aun tierra piensas te ha de faltar! Animémonos, pues, con el ejemplo de Teresa y las palabras de Jesucristo, y por consoladora experiencia gustaremos la verdad de la doctrina de nuestra magnánima Doctora cuando dice: “Fe viva, que hace alcanzar las cosas grandiosas de Dios. Dios es amigo de ánimas animosas como vayan con humildad y ninguna confianza de sí. Tener gran confianza, porque conviene mucho no apocar los deseos. Parece que el Señor espera tan solo nuestras primeras determinaciones, para hacer Él después todo lo demás de la obra. Todo se puede en Dios, dice san Pablo; y san Agustín: Dame, Señor, lo que me mandas, y manda lo que quisieres. Pensemos muchas veces que nada perdió san Pedro en arrojarle a la mar, aunque después temió. Estas primeras determinaciones son gran cosa”. Pruébelo quien no lo creyere.

SANTA TERESA DE JESÚS Y SAN JOSÉ

Aunque tenga muchos santos por abogados, séalo en particular de san José, que alcanza mucho de Dios.

(Santa Teresa de Jesús, Aviso 64).

Por santa Teresa de Jesús se celebra en el mundo con tanta solemnidad mi fiesta; a ella debo esta honra.

(Palabras de san José a la Venerable Francisca del Sacramento).

En este mes que la Iglesia católica celebra con esplendente solemnidad la fiesta del glorioso patriarca san José; en este mes consagrado a honrar su memoria con especiales obsequios; en este mes, en fin, en que nació nuestra Josefina Teresa, todo nos convida a recordar a nuestros lectores las bondades de tan gran Santo para despertar o avisar en su corazón el amor y confianza hacia aquel excelso Patriarca, a quien nuestra Heroína llamaba a boca llena su verdadero padre y señor. Debemos persuadirnos de que es imposible ser especial devoto de santa Teresa de Jesús sin serlo a la vez de san José, ni ser devoto perfecto de san José sin apasionarse por Teresa de Jesús. En la dialéctica de la devoción, dice un docto y piadoso autor, es consecuencia legítima: es devoto de santa Teresa; luego de san José, porque a todos pega la Santa tan provechosa devoción, porque tomó el cielo a Teresa de Jesús por medio para inferir o imprimir en las almas la devoción de este poderoso Santo. Si hoy día vemos extendida la devoción a san José por todo el universo, y, declarado patrón universal de la Iglesia por Pío IX, brillar con todo esplendor en el firmamento del Catolicismo; si contemplamos con consuelo y asombro a la vez cómo este grano de mostaza ha crecido en el campo del Señor en frondoso árbol, que con sus ramas cobija a todos los fieles, debemos recordar al mismo tiempo que santa Teresa de Jesús fue la primera o principal heroína que rasgó las nubes que ocultaban este benéfico astro, e impedían nos comunicase su influjo y celestial calor, la bella jardinera que cultivó con más exquisito cuidado este arbolillo tierno, pues con sus palabras y escritos, con su ejemplo, lo fecundó y dio nuevas fuerzas y desarrollo para que creciese en árbol lozano, preservándolo además con la ayuda diligente de sus hijos del abandono del olvido.

Dios, que se complace en revelar a los humildes los secretos que oculta a los soberbios; Dios, que todo lo hace sabiamente, escogió a Teresa de Jesús para descubrir al mundo los tesoros inestimables de bienes celestiales que se encierran en esta devoción. Estaba reservado a la más popular de las mujeres después de la gran Madre de Dios, María, introducir y encender en el seno de la familia y sociedad cristiana la más popular de las devociones. Y no podía en verdad elegirse alma más a propósito a este fin que esta bendita mujer fuerte, porque su nombre y sus escritos, su fama y virtudes revisten tan celestial encanto, que en todos los ángulos del universo civilizado son recordados con bendición y aplauso, con profundo cariño y apasionado amor.

Muchas páginas serían menester para contar todo lo que hizo y dijo Teresa de Jesús en honor de san José; mas no consintiéndolo el espacio de que podemos disponer,

procuraremos, aunque brevemente, responder a estas preguntas: ¿Qué ha dicho y ha hecho Teresa de Jesús en obsequio de san José? ¿Cómo ha correspondido san José a estos obsequios de su devotísima hija Teresa?

I

¿Qué ha dicho Teresa de Jesús para promover eficazmente la devoción a su verdadero padre y señor san José? – Todo lo que mejor decirse puede en loa de este glorioso Santo. Teresa de Jesús ha condensado en las páginas de sus escritos todos los argumentos de razón más persuasivos, las pruebas de experiencia más concluyentes y poderosas, para convencer a sus lectores de la necesidad y utilidad de esta devoción. Nadie, después de leer a Teresa de Jesús, puede justificar su desamor a san José, porque no deja excusa que alegar ni pretexto para evadirse de profesar especial cariño al Santo sin igual.

En la carta número 75, que dirige al P. Ambrosio Mariano, después de encargarle de parte de su compañera Ana de san Bartolomé que diga al Hermano Fr. Juan de la Miseria que le pinte el san José que le prometió, añade: *Hágalo, que querría ver a todo el mundo devoto de mi Padre san José.*

Uno de sus avisos, el 64, que son como aforismos espirituales, donde se encierra lo más perfecto de la vida cristiana, está consagrado a recomendar la devoción a san José. Dice así: *Aunque tenga muchos Santos por abogado, séalo en particular de san José, que alcanza mucho de Dios.*

Pero donde nuestra hermosa Teresa estrecha al lector a declararse devoto de san José, sin dejar lugar a excusas, es en el capítulo 6 del admirable libro de su Vida. Después de contar la penosa enfermedad que sufrió en sus juveniles años, viéndose tullida y cual la habían parado los médicos de la tierra, “determine, dice, acudir a los del cielo para que me sanasen”, y después prosigue: “Tomé por abogado y señor al glorioso san José, y encomendeme mucho a él; vi claro que así de esta necesidad como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mío me sacó con más bien que yo lo sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que a otros Santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad, a este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas; y que quiere el Señor darnos a entender, que así como le fue sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, a quien yo decía se encomendasen a él, también por experiencia; ya hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad. Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podía, queriendo se hiciese muy curiosamente y bien... Querría yo persuadir a todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona, que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera a las almas que a él se encomiendan. Paréceme ha algunos años, que cada año en su día le pido alguna cosa y siempre la veo cumplida; si va algo torcida la petición, él la endereza para más bien mío. Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo a mí y a otras personas... Sólo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no lo creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca y tenerle devoción; en especial personas de oración siempre le habían de ser aficionadas. Que no sé cómo se puede pensar en la reina de los Ángeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias a san José por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro y no errará en el camino. Plegue al Señor no haya yo errado en atreverme a hablar en él, porque aunque publico serle devota, en los servicios y en imitarle siempre he faltado. Pues él hizo como quien es, en hacer de manera que pudiese levantarme y andar, y no estar tullida...”

Hasta aquí la Santa. Y aquí también deberíamos concluir nosotros. Porque, ¿qué puede decirse mejor y más persuasivo a fin de inclinar la voluntad racional a abrazar con entusiasmo esta devoción?. Acostumbrada como estaba el alma de Teresa a recibir del cielo gracias extraordinarias, todavía se espanta de las grandes mercedes que le había alcanzado san José. ¡Tan grandes eran y tan numerosas! Porque no es san José como los otros Santos,

que socorren en una necesidad, sino que es remediador de todas: sean espirituales o corporales, para la salud del alma o del cuerpo. Y ¿de dónde le viene al Santo tanto poder? De haber sido guardador del Rey del universo: por ello su poder es universal. A san José estuvo sujeto y obediente el Hijo de Dios, y éste lo apellidó su Padre y lo reconoció por su ayo, y aun en el cielo, agradecido, le honra y guárdale toda atención. De aquí proviene que las súplicas del señor san José son mandatos para el Rey de la gloria. “Si no me creéis a mí, por juzgarme apasionada, prosigue Teresa, creed a lo menos a la multitud de personas que le son devotas de nuevo por haber experimentado cuán gran bien es encomendarse a este glorioso Patriarca y tenerle devoción. Y si aún no os basta mi testimonio y el de tantos testigos para convenceros de esta verdad provechosa, os pido, y os lo pido por amor de Dios, que lo probéis, que hagáis vosotros experiencia, pues nada perderéis en ello”. ¿Quién habrá que ame tan poco a su alma y se atreva a desoír la súplica de Teresa de Jesús? Pruébelo quien no creyere la eficacia de la protección de san José, repetimos nosotros, y así, después de consolar harto a nuestra Santa, gustará por provechosa experiencia cuán gran bien es encomendarse a este Patriarca y tenerle devoción.

II

¿Qué ha hecho Teresa de Jesús para propagar la devoción a san José? – Todo lo que humanamente se puede hacer en su honor. Más que ninguno de los fieles. De los diez y siete monasterios de religiosas que fundó, doce tienen el título o advocación de san José. Cuando iba a fundar algún convento, siempre tenía cuidado de llevar consigo una imagen de san José, y con ella regalábase, pareciéndole que teniéndola en su compañía ningún mal podía sobrevenirle. En la puerta de todos los conventos colocaba una imagen de Nuestra Señora y san José representando la huida a Egipto con las siguientes palabras de Tobías, c. IV: “En pobreza y estrechez pasamos la vida; pero ricos seremos de bienes si tememos al Señor”. A esto aludía sin duda cuando en su carta número 68 al Sr. Alonso Ramírez, fundador y patrono de la iglesia de San José de Toledo, le encargaba que no se olvidase tanto de poner el san José a la puerta de la iglesia, para que como querubín velase la entrada de aquel paraíso terrenal. Aun después de su muerte vela por la propagación y conservación de tan santa devoción, porque habiendo quitado sus hijas el nombre del Santo a cuatro conventos para darles el título de su madre fundadora Teresa de Jesús, luego después de ser beatificada, se apareció a Isabel de Santo Domingo, manifestándole su enojo por esta mudanza, y le mandó que se llamasen dichos conventos como antes con el nombre de san José. A Teresa de Jesús se debe, que la devoción de san José se extendiese por toda España, como asegura el Ilmo. Sr. Yepes². A Teresa de Jesús se debe, como afirman los Bolandistas³, que en Bruselas se celebrase con toda pompa y como fiesta de precepto el día 19 de marzo en obsequio de san José, mucho antes que Urbano VIII decretase su fiesta. Antes que Teresa de Jesús viniera al mundo el nombre de san José no se hallaba en el Breviario romano, ni templo había en todo el universo con el título de san José⁴, ni se le obsequiaba por muchos fieles con reverente devoción. Mas después que Teresa de Jesús predicó esta devoción, la Iglesia celebra con gran concurso y devoción de sus hijos tres fiestas en su honor: su glorioso tránsito, su patrocinio y los desposorios. Los templos levantados bajo la advocación de san José se han multiplicado por todo el orbe tan prodigiosamente, que la sola familia de Teresa contaba a fines del pasado siglo más de ciento cincuenta iglesias erigidas con este título; y por todas parte es tan popular la fiesta, el nombre y la devoción de san José, que, después de la Madre de Dios, no se hallará Santo que le iguale. Por esto pudieron escribir los sabios y piadosos Bolandistas estas memorables palabras⁵: “La Orden del Carmelo, así como fue la primera en servir y obsequiar a san José; así también cuando santa Teresa de Jesús empezó a reformarla para restituirla a su observancia primitiva, no solo vio logrado este intento por lo que toca a la disciplina regular y rigor antiguo de la Orden, sino que juntamente resucitó la devoción del Santo para introducirla e inflamarla en sus religiosos monasterios y en toda la redondez del orbe cristiano, con tan singular propagación que cuantos llegasen a entender en la vida y escritos de la Santa el ardiente conato y fervoroso celo con que excitó sus cultos, debiesen persuadirse que la gloria de haber procurado que fuese conocido el glorioso patriarca san José hasta entonces oculto e

² Vida de la Santa, lib. 3, c.21

³ Tom. 3 Acta Sanct. Fol. 8

⁴ Emery, Vida de la Santa, y el P. Vendermoere, Acta Sanctae Teresiae, pág. 89.

⁵ Acta Sanct. Die 19 Mart.

ignorado, y el declarar su nombre y sus méritos a los fieles, sólo estaba reservado, por especial providencia de Dios, a santa Teresa de Jesús y a los de su familia”.

Basta por hoy, lector amigo, pues aunque es sabroso el hablar del amor de Teresa a su señor y padre san José, por no ser demasiado difuso deberé reservar para el próximo número el referirte algunos de los innumerables favores con que correspondió san José al celo de su privilegiada hija Teresa.

E. de O.

PUES YA ES TIEMPO

Sí, amados lectores, hora es ya de que lo creamos así, y lo que es más importante todavía, de que obremos en conformidad con esta creencia; esto es, que sacudamos nuestra injustificable pereza, que renunciemos, de hoy más, a ese punible egoísmo que, para no abandonar la beatífica quietud del hombre que no quiere meterse en nada no solamente no hace nada, sí que esteriliza y hace inútiles los mayores esfuerzos de los otros; hora es ya de que nos mostremos poseídos de la alteza de la misión sublime que se nos ha confiado, y alta la frente y con la noble altivez de caballeros cristianos, no vacilemos en afrontar sin intimidarnos la insolente mirada de nuestros procaces enemigos. Ya es tiempo de que seriamente pensemos acerca del papel trascendentalismo que en su divina misericordia nos confió la Providencia. Tiempo es, en fin, de abandonar nuestra conducta de excesivas contemplaciones e inútiles miramientos que nuestros enemigos no saben agradecer, antes los miran como signo de cobardía y pusilanimidad. Y ¡pluguiera a Dios no fuese verdad mucha veces!

Cobardía, sí, y también suma necedad sería el decir hoy que no es tiempo aún de ostentarnos tales como somos o debemos ser, de declararlo paladinamente, y de obrar, en consecuencia, dentro los límites de nuestra esfera con el celo y actividad que merece y exige de nosotros el carácter augusto de cristianos.

¡Ay!, ¡y de cuánta tristeza, y de qué vivo dolor se siente poseída el alma en la contemplación de ese desquiciamiento profundo que los ojos del cuerpo y la mirada del espíritu están condenados a ver y tocar y palpar a cada momento y en todas partes! ¿Quién puede ya huir y su acción disolvente y devastadora que, merced a nuestra criminal cobardía, va tomando poco a poco proporciones colosales, y amenaza acabar con todo, ya que atajarla no quisimos cuando aun era tiempo? ¿Quién no acierta a distinguir la densa humareda de los volcanes que van a estallar en espantosas y no oídas erupciones?

Si un día, presa el corazón de un entusiasmo generoso y exaltada la mente por la dilatación maravillosa de la fe cristiana, pudo levantarse Tertuliano, y decir en magníficos acentos a los emperadores romanos: - “Somos (los cristianos) unos extranjeros, que llenamos ya vuestras aldeas, villas, ciudades, ejércitos; nos hemos introducido en el palacio, en el Senado y en los tribunales; solo vuestros templos no hemos ocupado...”; si eso podía y con razón decir el grande y enérgico apologista de los cristianos de aquel tiempo, nosotros podemos, ¡ay!, decir también para vergüenza nuestra, reproduciendo en un sentido totalmente opuesto las palabras de aquel cántico de gloria; que gentes extrañas llenan e invaden nuestras aldeas, villas y ciudades; que nos lo han arrebatado todo, y sólo nos han dejado nuestros templos, saqueados unos, violados o derruidos otros, y amenazados de destrucción todos.

Culpa nuestra es tan enorme desgracia. Hemos sufrido que palmo a palmo se nos arrebatase la riquísima y sagrada herencia que nos legaron nuestros piadosos padres; hemos sufrido que gota a gota se destilase sobre nuestras cabezas la hiel y el absintio de la infamia y la ignominia; y hemos sufrido también, pero con una paciencia desesperante que a solo Satanás agrada, que, anillo tras anillo, se fuese forjando la cadena con que se trata hoy de esclavizarnos y ahogarnos. Calla, Tertuliano; tus palabras hacen daño al corazón. La grandeza de aquel heroísmo, de aquella gloria siempre ascendente que tú cantas, nos revela con harta claridad la grandeza de nuestra lamentable caída y desgracia, y también de nuestra culpa. Despojada fue la Iglesia de sus bienes, las monjas de su pedazo de pan, los frailes de sus conventos, los seminarios de sus rentas y edificios, el clero de sus mezquinas asignaciones, las parroquias de sus Pastores, la España del riquísimo florón de la unidad católica, y el Sumo y queridísimo Pontífice de su corona real. Y tras el registro civil y libertad de cultos, nos amenazan todavía otras mayores y más despóticas opresiones.

¿Dónde estás, oh Teresa de Jesús, espíritu engendrador de soberanas energías, alma fortalecida siempre con superiores alientos?, ¿dónde estás? ¿Por qué no bajas a visitar el abismo de nuestra miseria? Y al menguado siglo que a sí propio osa llamarse el siglo del progreso y de las luces, cuando caminando va a oscuras, desorientado y perdido por entre espantosas nieblas, muéstrale por piedad, con el doble resplandor de tu santidad y tu genio, el glorioso derrotero por donde empujaste a tu siglo, siglo de la elegancia literaria, del honor y de la verdadera grandeza.

Pero, ¿qué digo, oh Teresa? Si aquel siglo hubo de arrancar a tu corazón hartos y profundos gemidos, y arrasó tu hermoso semblante de copiosísimas lágrimas, porque los luteranos hacían estragos en la Francia; ¡con qué sentida viveza se hubiera tu corazón quebrantado a la vista de esta España que se hunde en la sima de todos los horrores y desgracias! "Estáse ardiendo el mundo, decías por entonces tristemente⁶: quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil falsos testimonios: quieren poner su Iglesia por el suelo!..."

Pues, ¿qué dirías hoy, alma celestial de Teresa, al ver al honrado y nobilísimo solar de nuestros padres hecho pasto de violentas y devoradoras llamas, y convertido en consumidor incendio? ¿Qué dirías hoy en que no solamente se niega por los herejes un dogma de nuestra fe, sino que niégase todos y se proclama con furor satánico el escueto y devastador positivismo, negación radical y absoluta que envuelve todas las negaciones y excluye toda la lumbre de verdad católica, con lo cual nuestros enemigos nos hacen la guerra desde todos los campos, y a todos los flancos asestan sus enconados tiros? ¿Qué dirías al ver los densos remolinos de polvo que se levantan de los destruidos templos en alas del huracán revolucionario? Y ¿qué, viendo a la inocente e inmaculada Esposa de Cristo, Señor nuestro, la Iglesia católica, ser llevada a los tribunales y congresos donde se la condena, ultraja y estigmatiza? Y por fin, ¿dónde hallarías palabras suficientes para expresar tu pena inconcebible, contemplando al augusto Vicario de Cristo, el inmortal Pío IX, hecho blanco de la codicia y de las aviesas pasiones de los humanos poderes?. ¿Cuáles serían, o Teresa, tus palabras? ¿Cuáles tus obras?

Registrad las que tan bella y sentidamente ella tiene escritas, y veréis cómo, débil y enfermiza, no limitaba sus trabajos a escribir libros tan ricos de elegancia como de unción y sabiduría, sino que dejaba sentir la acción de su voluntad poderosa por todos los ángulos de la española tierra. Ella nos enseña cómo daba cima a las mayores empresas sin tener una blanca (valiéndome de sus palabras), y ella destruye y echa por tierra las fútiles excusas que cobardes legamos, ofreciéndonos el ejemplo de una actividad incansable. ¡Que no hay elementos, que no se tienen medios, que somos pocos!... Mirad a Teresa cómo siendo una pobre monjuela, son sus palabras, por todas partes levanta casa de oración y extiende la gloria del Señor. Me place a este propósito recordar lo que ella cuenta con infinita gracia al tratar de fundar en Toledo un convento de Carmelitas descalzas⁷. Luego que pudo vencer la obstinada resistencia que le opusieron, puso enseguida, manos a la obra, pero sin contar con otra cosa que con tres o cuatro ducados. Y ¿qué es lo que hace con ellos? - Que nos lo diga su encantadora pluma, bañada siempre de finísimo donaire. - Compré dos lienzos (dice), dos jergones y una manta: de casa no había memoria.

¡Qué imprudente, qué poco previsora mujer! ¡Qué necedad la suya!, exclamarán haciendo aspavientos por ventura muchos católicos demasiado prudentes de nuestros tiempos. Pero Teresa amaba mucho, y mucho también y con seguridad esperaba. Con virtudes y con milagros espantaba al mundo soberbio, encastillado en su poder y su fuerza.

Pero, yo no sé resistir al dulce atractivo de su decir, y me agradecerán mis lectores que ceda la palabra a la graciosa Doctora para contar lo que le sucedió en la fundación de que tratamos. "Estuvimos algunos días (dice) con los jergones y la manta, sin más ropa, y aún aquel día ni una seroja de leña teníamos para asar una sardina, y no sé a quien movió el Señor, que nos pusieron en la iglesia un hacecito de leña, con que nos remediamos".

Así comenzaba la animosa y grande Teresa a edificar sus numerosos conventos. Con estos medios contaba para sembrar la tierra de España de floridos vergeles, que todavía hoy vienen a embalsamar las auras de nuestra patria. Así y no de otra suerte sabía extender Teresa por los cuatro vientos el fuego divino que en impetuosas oleadas se desprendía de su pecho para encender todas las almas. Así también lo hacen almas animosas y confiadas en el

⁶ Camino de Perfección, cap. 1.

⁷ Libro de las Fundaciones, cap. 14.

brazo de Dios, que no faltan a través de esos espíritus cobardes que todo lo miran con ojos de carne; almas, como la de Teresa, templadas en el fuego del amor, y por consiguientes en el de la tribulación, cuyos alientos se vigorizan aún más al contender y luchar cada día por la gloria de Dios.

Adelante, católicos; sobre todo, vosotras almas enamoradas de Teresa, permitid que os diga también: ¡adelante! ¡Que su espíritu viva y aliente entre nosotros!. Que la palpaciones de su corazón varonil y generoso resuenen en nuestros corazones con la misma enérgica vibración con que exaltaban el suyo, hecho para las grandes empresas. Sea ella nuestra denodada heroína. Acostumbrada está a la victoria, y a ella nos llevará. ¿Quién lo duda? Sí, pues ya es tiempo. J. A.

LA MUJER FUERTE

Procure mucho la devoción y hacer con ella todas las cosas. (*Santa Teresa de Jesús, Aviso 5*).

La verdadera devoción es no ofender a Dios, y estar dispuesto y determinado a todo bien. (*Vida, c. 9*)

A pesar de haber indicado en mi anterior qué cosa era la devoción, y señalado los errores y preocupaciones que hay en este punto, juzgo continuarán creyendo muchos que no es virtud digna de llamar la atención del hombre serio, de los espíritus elevados. Como es este asunto de tanto interés, dispensarán mis lectoras me ocupe hoy tan solo de darles una idea exacta de tan celestial virtud. Es tan hermosa la verdadera devoción, reviste formas tan encantadoras, que mi tosca mano no se atreve a empuñar el pincel para delinearla siquiera, temerosa de desfigurarla y afearla. Por otra parte, empeñada mi palabra en mi anterior de ofrecerles un cuadro animado de esta virtud, fotografiado del natural con sus bellos colores y divina fisonomía para que os enamoréis de ella me veo forzado a satisfacer mi promesa. ¿Qué hacer, pues?. Cederá el lugar a manos más delicadas que las mías, a peregrinos ingenios, y consumados maestros en la enseñanza y práctica de la devoción. El que es otros días, carísimos lectores, vuestro maestro, hoy desciende gustoso de su cátedra para sentarse entre vosotros y oír como discípulo las verdades de salud de boca de labios más autorizados. Oigamos, pues, con docilidad y respeto las divinas enseñanzas que nos dan tan perfectos doctores.

Sea el primero aquel devoto Santo, apellidado Ángel de las escuelas por su perspicaz y sublime ingenio, santo Tomás de Aquino, y notemos bien sus palabras. - Es la devoción, dice⁸, una prontitud y aliento para bien obrar y para el cumplimiento de los mandamientos de Dios y de las cosas de su servicio. La misma palabra, en su etimología, indica estar dedicado y pronto para el servicio de Dios, ofrecido y aparejado para hacer su voluntad en todas las cosas. Otros definen esta virtud diciendo que es el amor de Dios puesto en ejercicio, y no un amor cualquiera, sino un amor activo y diligente, dispuesto a cumplir, no solo los mandamientos, sino, lo que es más, los consejos e inspiraciones del cielo⁹.

Es la devoción, dice el dulcísimo san Francisco de Sales¹⁰, el verdadero azúcar espiritual que quita la amargura a la mortificaciones y el daño a la consolaciones. Quitaba la cuita a los pobres y la soberbia a los ricos, la tristeza al solitario y la disipación al que vive en el mundo. Sabe abundar y carecer; hace igualmente útil la honra y el menosprecio; recibe el dolor y el placer con un corazón casi siempre semejante. Es la dulzura de las dulzuras y la perfección de la caridad, o como dice nuestro Granada¹¹, es una virtud que despierta todas las virtudes, una altísima y nobilísima teología que enseña el camino para el sumo bien: una refección del hombre interior, un rocío del cielo, un soplo del Espíritu Santo, un resplandor de la fe, una llamarada de la caridad, un rayo de divina luz, una fuente de agua viva que riega todos

⁸ 2.ª 2oe.Q. 82, art. 1.

⁹ Grou, p. 17.

¹⁰ Vida devota, c. 1 y siguientes.

¹¹ De la devoción, p. 2.

nuestros espirituales ejercicios, un bálsamo suavísimo que sana las llagas de nuestras pasiones, un maná del cielo que en sí contiene toda suavidad.

Al convidaros, pues, lectoras amantes de Teresa de Jesús, a abrazar la verdadera devoción, no os convidamos con la hermosura de Raquel, que se muere luego; no con la gloria perecedera del mundo que se acaba con la vida; no con las honras fugitivas que se lleva el viento; no con los vanos placeres del hipócrita, que no duran un punto; ni menos con las riquezas, terrenas que la polilla roe y los ladrones roban; sino con la hermosura de la sabiduría divina, con el reino del cielo, con el tesoro de la caridad, con las consolaciones del Espíritu Santo, con el manjar de los Ángeles, con la paz, con la verdadera libertad y finalmente con el sumo Bien. Porque escrito está: "El que me hallare, hallará la vida. Todos los bienes vienen al alma con la sabiduría, que es conocimiento amoroso de Dios, que da la devoción".

Dígasenos francamente en vista de tan bellas y exactas definiciones de la virtud de la devoción: ¿es digna, o no, de todo aprecio? ¿No merece fijar la atención de toda alma generosa? ¿Quién podrá con razón llamar despreciable al alma devota? ¿Quién, a no ser un ignorante o malicioso, se atreverá a motejar o ridiculizar tan sublime virtud? Se alaba al criado y se le aprecia porque con puntualidad y presteza cumple las órdenes de su señor, y está aparejado en todo momento a hacer su voluntad; ninguno de nosotros consintiera vivir de grado con el remolón y perezoso: Si, pues, esta virtud hace recomendable al que la practica cuando se emplea en servir a un hombre, ¿dejará de serlo por ventura cuando se ejerce en servicio de Dios? ¡Ah! no; que Dios ama y galardona con munificencia al que le sirve con alegría, y solo detesta y maldice al tibio y negligente en su servicio. Es un error o más bien una herejía el sostener que la devoción es sólo propia o conveniente a la gente del claustro, a monjas y frailes, y que se debe desterrar de toda otra profesión; porque, si esto fuera, la vida cristiana estaría condenada a ser triste y pusilánime, toda vez que los efectos principales de la devoción, los bienes que reporta al alma son la alegría y fortaleza santas, como veremos otro día.

Paso, pues, a la celestial virtud de la devoción; paso a la reina y a la más perfecta de todas la virtudes. No se le niegue la entrada ni en los campos de batalla, ni en el gabinete del letrado, ni en los estrados de la dama del gran mundo, porque en todas partes hace bien tan celestial compañera de la vida, y hermosea todos los estados y profesiones.

Entre tanto, lectoras devotas de Teresa de Jesús, no os olvidéis de lo que vuestra maestra os enseña, y ajustad cuidadosamente vuestra devota conducta pública y privadamente a la doctrina que ya os sabéis, la cual, para que se os grabe mejor en la memoria, repito aquí y concluyo. *La verdadera devoción es no ofender a Dios, y estar dispuesto y determinado para todo bien; es servir a Dios en justicia, fortaleza de ánimo y humildad.*

C.

DESDE LA SOLEDAD

Alma que tiene con perseverancia oración está salvada. (Vida, c.19)

Orad, hermanos, porque todo lo puede la oración (S. Teresa de J.)

Estoy convencido, mis buenos amigos, de que después de haber oído las bellas y elegantes definiciones que de la virtud de la oración dan los Santos, desearéis daros de veras a tan santo y provechoso ejercicio. Porque, ¿quién amará tan poco a su alma, que no le desee aquella pascua espiritual, aquellos dulces besos y abrazos de Dios, nuestro Padre? ¿Quién en este desierto de la vida, durante la peregrinación por este valle de lágrimas, no anda inquieto en busca de aquella casa de paz y solaz que se halla tan sólo en el monte Líbano, donde el Rey de la gloria tiene sus deleites? ¿Quién entre los afanes y trabajos de cada día no suspira por la venida del día de descanso, por el sábado espiritual en que Dios huelga con nosotros, y nos recrea, y nos fortalece y anima? Pues cosas son éstas que únicamente se encuentran en la oración; todos estos bienes proporciona al ánimo fatigado e inquieto con las faenas diarias el ejercicio de la oración.

Preguntábaisme en mi anterior si era negocio fácil el de la oración. Y yo os pregunto a la vez: ¿Es cosa fácil al mendigo y necesitado, que no es hábil para ganarse el sustento, acudir a las puertas del rico compasivo y pedir socorro y favor? ¿Es fácil al polluelo recién nacido en el nido, y que todavía no tiene plumas con qué cubrirse, ni alas, ni pies para moverse, dar voces y piar y llenar los aires con sus clamores, para mover a compasión a sus padres, y obligarles con esto a que acudan a proveerle? ¿Es fácil al viajero que anda a pie su camino, pararse en la venta y descansar un rato, y tomar refección para cobrar nuevo aliento? ¿Es fácil a un amigo estar platicando con otro amigo, o mirarse con amor mutuamente? ¿Es fácil prestar dócil oído a esta voz celestial: “Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os daré refrigerio... Tomad mi yugo sobre vosotros, y hallaréis descanso para vuestras almas, y medicina para vuestras llagas”? ¿Es fácil, por fin, al alma sedienta dejarse llevar por frescuras y fuentes de aguas, y por un camino tan llano que no tenga en qué tropezar? Pues si es fácil y hacedero, y lleno de deleite todo esto, como no se puede negar, fácil negocio será asimismo la oración. Porque oración es, y muy provechosa, el clamar con el Profeta a las puertas de la divina misericordia, reconociendo humildemente nuestra pobreza: “Mendigo soy yo, y pobre; mas el Señor tiene cuidado de mí¹². Como el hijuelo de la golondrina, así clamaré a ti, Señor, y daré gemidos como paloma”. Oración es, y muy útil, el recordar al Señor sus promesas, cuando dice: “Os miraré con ojos amorosos, y seréis multiplicados y prosperados¹³. Llevaros he por frescuras, y fuentes de aguas, y por un camino tan lleno que no tengáis en qué tropezar”.

No obstante, no puede desconocerse, por otra parte, que nuestro corazón estragado con el pecado original no siempre anda en busca de estos deleites, y en su viaje a la tierra de promisión echa de menos no pocas veces las ollas de Egipto, esto es, los deleites sensuales; y el ánimo inquieto y poco mortificado forcejea por librarse de la sujeción humilde a la quietud y sosiego de la oración. No hay, a pesar de esto, motivo de desmayo; pues no es cosa que se ha de negociar con Dios a fuerza de brazos, como observa nuestra Santa. Porque quien quiera darse a la oración, debe presuponer que todas estas cosas interiores son todas suaves y pacíficas; y hacer cosa que sea penosa antes daña que aprovecha; llamo penosa cualquiera fuerza que nos queramos hacer, como sería detener el huelgo, sino dejarse el alma en las manos de Dios, haga lo que quisiere de ella, con el mayor descuido de su provecho que pudiere, y mayor resignación a la voluntad de Dios¹⁴. La oración humilde es obra sobrenatural; por esto nunca rogamos solos. En nosotros mora el Espíritu consolador, y Él es quien forma las palabras en nuestro corazón, y pone en música de modo que mueva al Eterno nuestros clamores, cuando decimos: ¡Abba!, ¡Padre, Padre nuestro! Él es nuestro acceso al Padre, y quien llena de fortaleza nuestro corazón. El Espíritu Santo es por quien hacemos en todo tiempo continuas oraciones y plegarias; por él mismo velamos con todo empeño e instancia a favor de los Santos, y él ayuda nuestra flaqueza, porque no sabríamos pedir como conviene; pero el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inenarrables; y Aquel que penetra a fondo nuestros corazones sabe lo que desea el espíritu.

Cosa, pues, fácil es la oración. En todo tiempo, lugar y ocupación podemos orar, porque siempre el Señor nos ofrece su ayuda para que podamos confesar con reverencia la soberana presencia de Dios. Para la oración no se exige talento, la elocuencia está de más, y las dignidades de la tierra no son recomendación, porque nuestra pobreza es la mejor elocuencia, y la miseria nuestra mejor recomendación. En la oración no se necesitan ceremonias, ni rúbricas que guardar. Mejor ora el niño en las rodillas de su madre formando palabras sueltas e incoherentes; aboga con mayor eficacia su faz expresiva, que los más estudiados discursos.

Para facilitaros más aún este ejercicio de la oración, con nuestra Santa ha de hacer cuenta el que comienza oración, que comienza a hacer un huerto en tierra muy infructuosa y que lleva muy malas hierbas, para que se deleite el Señor. Su Majestad arranca las malas hierbas y ha de plantar las buenas, y nosotros como buenos hortelanos hemos de procurar con su ayuda que crezcan estas plantas, y tener cuidado de regarlas, para que no se pierdan, sino que vengan a echar flores que den de sí gran olor, para dar recreación a este Señor nuestro, y así se venga a deleitar muchas veces a esta huerta, y a holgarse entre estas virtudes¹⁵. “Regálame esta comparación, porque muchas veces en mis principios me era gran deleite considerar ser mi alma un huerto y el Señor que se paseaba en él. Suplicábale aumentase el

¹² Psal. XXXIX; Isai. XVIII.

¹³ Levit. XXVI.

¹⁴ Morada 7, c. 7.

¹⁵ Vida, c. 11.

olor de las florecitas de virtudes, que comenzaban a, a lo que parecía, a querer salir, y que fuese para su gloria y las sustentase, pues yo no quería nada para mí, y cortase las que quisiese, que ya sabía habían de salir mejores¹⁶.

Esto mismo suplicamos a nuestros lectores. Regálense con esta comparación y, si les place dar a su espíritu esparcimiento, paséense por el vergel de su alma, y agrádense de sus flores. Mas, si su ánimo cansado o desfallecido con las faenas diarias no quiere pasearse, sentados sobre el verde césped, reclinados al lado de la humilde violeta, recréense en contemplar cómo el Señor Jesús se pasea por él y toma recreación, y ofrézcanle, del mejor modo que puedan, un ramillete de toscas flores, o pobres deseos, que a falta de fragantes flores, las aceptará con amor. Y si ni aun esto produce su árido vergel, ocúpense en escardar y quitar de raíz las hierbecillas, que en esta empresa no están solos. Dejen al Señor, como dueño que es del vergel, que corte las florecitas, o arranque las hierbas que más le plazcan, que mucho ganarán en ello; porque saldrán mejores con el contacto de esta mano divina, y con la sabiduría de este celestial jardinero. Seamos con él generosos; no le neguemos ningún acto de virtud que nos pida, ningún vicio o pasión mal mortificada, que cual hierbecilla dañosa retoñe en nuestra alma, y él pretenda arrancar, y así empezaremos a gustar cuán bueno es el Señor para los que le temen, para el alma que le busca en la oración. Y si en este ejercicio santo empleas, lector querido, cada día un cuarto de hora, de parte de Teresa de Jesús, maestra y doctora de la oración, te promete el cielo el que es su mínimo hijo y devoto.

EL SOLITARIO

SANTA TERESA DE JESÚS

(A mi dilectísimo D. E. de Ossó)

¡Es ella, sí!... El trasunto, la apostura,
La gracia de esa imagen peregrina
Conozco ya de tiempo;
El rayo de su cándida hermosura
Muchas veces hirió mi ruda frente,
Y de su habla divina
El sabroso decir, rico de sales,
Con delicia no poca
Lo repite mi boca,
Que son sus gracias tales
Cuales nunca allegó mujer alguna...
¿No sabéis de quién hablo y quién es ésa?
¡Quién, decid, puede ser sino Teresa!

Rendido de fatiga y de pesares
Por el luchar sin tregua de la vida,
Llegaron a mi oído los cantares
De un alma celestial, de amor herida.
¡Qué bien, cuánto consuelo
Sentí dentro del alma,
Al percibir sus cánticos de cielo
Que espiran sólo amor, amor del alma!
Templada por ardientes Serafines
Que habitan del amor la eterna pira,
¿No oís cómo su lira,
Orlada de jazmines,
Llamaradas castísimas desprende
Que al corazón se pegan
Y en fuego que no ofende,
Pues todo es suavidad, al alma anegan?

¹⁶ Vida, c. 14.

Desfallecer sentía acongojado
El corazón ya del desmayo presa,
Cuando el soplo potente y esforzado
De tu alma yo sentí, noble Teresa.
Que el flotar de tu espíritu adivino
Con dulce encanto y con delicia suma,
En el raudal sublime y peregrino
Que fluye de tus labios y tu pluma.
¿No es tu ser y tu aliento
El que en medio a tus páginas ondea
Prestándoles calor y sentimiento,
Manantiales fecundos de ternura
Donde el alma se mece y se recrea
Como en ondas de paz y de ventura?

Sí, descienda encendido
De tu palabra el rayo sobre el mundo,
Que agitase perdido
De oscura noche en el horror profundo,
Sin la luz celestial que te envolvía
Y en donde te abrevaste, Santa mía,
Descienda la centella abrasadora
De tu voz inspirada
Cual saeta que rompe voladora
Los vientos y la atmósfera azulada;
Para encender el mundo que aterido,
Languideciendo inerte
Bajo el frígido manto de la duda,
Se acerca sin tardar al merecido
Abismo de la muerte.
Enciende, tú, ese hielo;
Los grillos de ese invierno tú quebranta,
Y rompe el denso velo
De indiferencia tanta
Que a los hombres ocúltales el cielo.

¿Y tú ya vienes, corazón gigante,
A elevar este siglo corrompido
De ese cieno humillante
En que torpe se arrastra,
Puestos Dios y su alma en triste olvido?
¿Y a la España que guarda tus memorias
Como el mejor tesoro
De su antiguo esplendor y de sus glorias,
A empujarla ya vienes por las vías
Del cristiano fervor y la grandeza
Por donde caminaba en otros días? -
Como raudo bajel rico y boyante
Que abandonando el puerto
Del mar cruza el desierto
Y de todo bajel marcha delante,
Vertiendo en toda playa su riqueza,
Y de lejanas zonas
Recogiendo tesoros y coronas
Que en el ara de Dios las deposita, -
Así la España fue... ¡Nación bendita!
¡Que extraño, si fue aquesa
La España de la heroica Teresa!

Y seralo otra vez, amigo mío,
Pues renace el espíritu potente
Que atajará con indomable brío

El despeñado, asolador torrente
Que en los abismos de inmundicia y lodo,
¡Ay!, amenaza sepultarlo todo.
Y las almas que ruines
En la vileza y mezquindad se inspiran,
Y del mal a los réprobos confines,
Perdido el seso, ¡miseros!, aspiran;
Y las almas que sueñan avenencias
Imposibles, y quieren -¡vana empresa!-
Este siglo sin honra ni creencias
Fundirlo con el siglo de Teresa;
Y las almas cobardes
Que del brazo de Dios no esperan nada,
Y mañanas y tardes
Duermen sueño feliz de no turbada
Quietud que a Dios irrita
Y el divino furor aún más concita; -
De Teresa escuchando
El amante clamor rico en fe pura
Y de bienes fecundo,
Espero dejarán la senda impura,
Del sueño despertando,
Y todos seguirán la noble empresa
De renovar el mundo
Bajo el bello estandarte de Teresa.
J.A.

UNA FECHA MEMORABLE

En las fiestas de los Santos piense sus
virtudes, y pida l Señor se las dé.
(Sta. Teresa de Jesús, Aviso 55)

Tiene asiento en los pueblos Baceos, en los confines de las dos antiguas provincias Tarraconense y Lusitania, sobre un bien dispuesto collado una ciudad antiquísima y nobilísima. Rodeada de fuertes muros, yérguese coronada de torres, señoreando los puertos y sierras del Pico y de Cebreros. Baña sus contornos la agradable canal del río Adaxa, y su aire puro, fértil suelo, cielo claro, clima saludable dan a los ánimos cierta generosidad y nobleza característica. Madre de esforzados varones y capitanes ilustres, gloriase de ver cómo reina en sus hijos tal cristiandad, que es para edificarse los que vienen de otras partes. Mucha oración, y personas seglares que hacen vida muy de perfección.¹⁷ Ciudad de Santos y cantos la llaman propios y extraños, y aunque no poseyera las reliquias de muchos mártires, bastárale para su honra haber dado a luz a la Heroína del Carmelo, y ser cuna de la mujer fuerte por excelencia, después de la Madre de Dios, Teresa de Jesús. Todos nuestros lectores adivinarán que hablamos de la ciudad de Ávila de los Caballeros, en cuyo recinto nació Teresa de Cepeda y de Ahumada, en 28 de marzo de 1515, víspera de san Bartoldo, confesor, de la Orden del Carmen, reinando en Castilla doña Juana, y siendo romano pontífice León X. Sus padres, nobles y virtuosos, se llamaron D. Lorenzo Sánchez de Cepeda y D. Beatriz de Ahumada, y tuvieron nueve hijos: Fernando, Rodrigo, el más querido en su infancia de nuestra Santa, Lorenzo, Antonio, Pedro, Jerónimo, Agustín y Juana. Estos hijos fueron del segundo matrimonio, pues el padre de nuestra Santa casó la primera vez con D^a Catalina del Peso y Enao, de la que tuvo tres hijos: D. Juan Jerónimo, Pedro y María.

¹⁷ La Santa, carta n.º 30.

Creemos verán con gusto nuestros lectores la nota del nacimiento de nuestra Santa, escrita por su mismo padre, cuyo original hallábase en el convento de Pastrana, según testimonio del P. Antonio de san Joaquín, el año 1808. Dice así: *En miércoles veinte y ocho días del mes de marzo de quinientos y quince años, nació Teresa mi hija, a las cinco horas de la mañana, media hora más o menos (que fue el dicho miércoles casi amaneciendo). Fueron su compadre Vela Nuñez, y la madrina doña María del Águila, hija de Francisco de Pajares.* Por este documento échase de ver que se equivocaron en señalar la fecha del nacimiento de la Santa, Helyot, Nicolás Antonio, Baillet, Richard y otros, que fijan el día 12 ó 22 de marzo. Fue bautizada el mismo día en la parroquia de San Juan de dicha ciudad, con el nombre español de Teresa, siendo la primera y única Santa de este nombre que se halla en el Martirologio romano, si bien en nuestra España la precedieron santa Teresa, hermana de Alfonso V, rey de León y la reina santa Teresa, primera esposa de Alfonso IX, rey asimismo de León.

Al felicitar en este día a nuestra Santa por su cumpleaños, pidámosle nos alcance del Señor, ya que todo lo puede, gracia especial para merecer su protección e imitar sus virtudes acá, y después felicitarla en la gloria. En éste día de enhorabuena para su corazón se mostrará más accesible a nuestros clamores. Pidámosle por la Iglesia, que pasa una de las épocas más críticas, o la más crítica desde su fundación. Pidámosle por la sociedad actual, que amenaza total disolución por querer pasar sin Jesucristo y su Evangelio: y pidámosle sobre todo por nuestra pobre España, presa hoy día de convulsiones horribles que pueden hundirla en un abismo de males. El corazón de Teresa no ha mudado de condición: ama desde el cielo a su patria y a sus hermanos los españoles con mayor intensidad que cuando se tomaba tantos trabajos para procurarles mayor bien andando por este mundo. Si en la mansión de la gloria pudiera haber lugar a la tristeza, la tendría, y grande, en los angustiosos momentos actuales el alma compasiva de Teresa. Roguémosla, pues, con fervor y digámosle mucha veces con la Iglesia: ¡Oh víctima de la caridad! Abrasa el corazón de todos los españoles en unos mismos sentimientos de amor y de paz! Libra al pueblo español, a ti confiado, de la perdición eterna, y haz que brille cuanto antes la suspirada paz.

Nota. El escudo que adorna las cubiertas representa las termas de los padres ilustres de Teresa. La Torre, presa de las llamas, es emblema de los Ahumadas. Los leones y aspas de san Andrés, de los Cepedas. Comunica Teresa de Jesús nuevos timbres de esplendor a los títulos de su noble familia con el escudo de Nuestra Señora del Carmen, que añadió con sus virtudes y mérito de fundadora a los que había heredado de sus padres nobles y cristianos.

PENSAMIENTOS DE SANTA TERESA DE JESÚS

Bien habla Dios al corazón, cuando le pedimos de corazón. (*C. de Perfección, cap. 24*).

No está aguardando otra cosa el Señor, sino que le miremos: tiene en tanto que le volvamos a mirar, que no quedará por diligencia suya *favorecernos* (*Ib. Cap. 25*).

Si estáis alegre, miradle resucitado... Si estáis con trabajos, o triste, miradle camino del huerto: miradle atado en la columna lleno de dolores: negado de sus amigos, sin que nadie vuelva por él: miradle cargado con la cruz. Miraros há *Jesús* con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores para consolar los vuestros, solo porque os vayáis con él a consolar, y volváis la cabeza a mirarle (*Ib. Cap. 25*).

El amor que tenemos a Dios no ha de ser fabricado en nuestra imaginación, sino probado por obras; y no penséis que *él* ha menester nuestras obras, sino nuestra determinación (*Morada 3ª, cap. 1*).

En fin, en fin, de una manera o de otra ha de haber cruz mientras vivimos (*Morada 5ª, Cap. 2*).

¿Cuántos debe haber que los llama el Señor al apostolado, como a Judas, comunicando con ellos? ¿Y los llama para hacer reyes, como a Saúl, y después por su culpa se pierden?

Para ir mereciendo más y más y no perdiéndonos, la seguridad que podemos tener es la obediencia, y no torcer de la ley de Dios (*Morada 5ª, cap. 3*).

No todas las imaginaciones son hábiles de su natural para meditar en las obras del Señor, mas todas las almas lo son para amarle (*Fund., cap. 5*).

LA FRANCIA TERESIANA

Creemos verán con gusto nuestros lectores españoles la siguiente carta que nos dirige el celoso corresponsal de Francia, el cual por su amor a Teresa va extendiendo la Revista en aquella teresiana nación, habiendo logrado al propio tiempo darla a conocer en Bélgica, donde cuenta algunos suscritores. Servirá de estímulo y de consuelo a nuestros hermanos españoles que aman a Teresa de Jesús, el conocer que también se la conoce y ama con pasión en otros países. Dice así la carta:

Angers, 23 de febrero de 1873

Señor Director de la *Revista Teresiana*:

Muy señor mío y querido amigo en Jesús de Teresa: Por fin, suspendiendo un tanto mis ocupaciones, voy a comunicarle algunas noticias que le darán a conocer cuánto se ama a Teresa de Jesús, su ilustre paisana, en esta desgraciada nación. Es por cierto muy grande la devoción que la Francia católica le profesa. En todas las principales ciudades hay algún convento de religiosos y religiosos de santa Teresa, y en algunas, como en París, hay cuatro; tres de monjas y uno de frailes. Marsella tiene dos de monjas; Montpellier, Montelimar, Rennes, Burdeos, Agen, Carcasona, Bañeres y Lyon, poseen uno de frailes y otro de monjas.

Las iglesias parroquiales dedicadas a santa Teresa de Jesús son innumerables: no hay diócesis que no cuente una o muchas. Y el extranjero que visita la Francia se encuentra a cada paso, en las pequeñas ciudades sobre todo, con una plaza, calle o barrio que llevan el nombre de santa Teresa.

Las obras de la seráfica Doctora castellana, sabia y admirablemente traducidas, aunque no con el estilo, gracia y unción que tienen en la hermosa y rica lengua de Teresa, se han propagado de una manera tan prodigiosa en Francia y Bélgica, que sin temor de pecar por exageración, puedo afirmar no haber biblioteca de familia piadosa en la que, después de los Libros santos, no ocupen el lugar preferente.

Gracias, como digo, a ésta acertada traducción del P. Bouix de la compañía de Jesús, la devoción a la santa doctora se ha aumentado maravillosamente, y el número de vocaciones que ha determinado es sin cuento, de suerte que todos los días vemos multiplicarse la ilustre familia Carmelitana. La Tercera Orden marcha en la misma proporción, si bien no es tan considerable por su número.

Todos estos conventos e iglesias tributan solemnísimos cultos a su Madre y Protectora, con lo cual crece la devoción y confianza en tan ilustre y omnipotente valedora. Hace unos cuatro años tuve el gusto de asistir a la fiesta que dedicaba a su santa Patrona una pobre parroquia. Su cura, venerable anciano, llora la perdición de mucha de sus ovejas, víctimas del volterianismo y errores modernos. A pesar de amarle como padre por su bondad y caridad inagotables, la vieja iglesia está casi siempre desierta; pero digo mal siempre, un día es consoladora excepción, y éste es el día de santa Teresa de Jesús. Aquel día, como digo, quedé agradablemente sorprendido al ver la iglesia llena materialmente de fieles. El coro y el presbiterio lleno de hombres y las puertas abiertas, pidiendo tan devota multitud a las paredes del templo que se ensanchasen porque no podía contenerlos. El cura radiante de alegría, preguntándole yo el secreto de tan extraordinario concurso, me respondió: "No lo extrañe, hermano mío, esta fiesta es la única a la que asisten todos. Es verdad que en los días de Pascua de Navidad, Resurrección y hasta en la Asunción de la Virgen, acuden muchos al santo templo, ¡mas todos!... sólo en el día de santa Teresa de Jesús". Y lo que vi en esta parroquia rural, crea U., señor director, sucede en muchas otras de Francia. Basta por hoy; otro día le contaré un sucedido con uno de estos aldeanos amantes, no devoto según él malamente decía, de su encantadora Santa. Después de felicitarle por su inspirado pensamiento, y por la acertada ejecución de su *Revista Teresiana*, se recomienda a sus oraciones y a las de los devotos de la Santa, pues nosotros también rogamos a Jesús y a Teresa den a U. más prósperos días, S.S.S. y amigo en Jesús de Teresa,

F. Narciso del S.S.S

REVISTA EXTRANJERA

ROMA. Las recepciones continúan en el Vaticano sin interrupción. Este magnífico desfile católico, en el que toman parte casi todos los romanos, exaspera a los revolucionarios, que no pueden perdonar a Pío IX sus magníficos discursos, los cuales prueban que a nadie fuera de él asiste el derecho de hablar en Roma como soberano.

Habiéndose propalado la noticia de que el Papa se hallaba enfermo de gravedad, el Vaticano se vio a poco invadido por una multitud de personas que iban a enterarse de la verdad del caso. La noticia salió falsa. Nunca como ahora Pío IX había gozado tan perfecta salud.

La sociedad de los intereses católicos ha presentado al Papa una protesta firmada por 34.000 romanos contra la inicua supresión de los Jesuitas.

Rodeado de muchos obispos, del embajador francés y otros muchos personajes, declaró el soberano Pontífice que se podía proceder a la solemne canonización del bienaventurado José Labre, muerto en olor de santidad en 1783. Pío IX contestó al discurso del obispo de Arras con palabras que causaron profunda sensación; habló con gran entereza de espíritu, y acabó rogando a Dios por los gobernantes de Italia, pidiendo para ello el *Fiat lux*.

ALEMANIA. La nobleza de Westfalia ha tomado un acuerdo muy importante, determinando abstenerse de toda diversión pública aunque lícita, y de toda función de recreo aun en sus casas, mientras dure en aquel imperio la persecución del Gobierno contra la Iglesia católica. La nobleza de Westfalia, muy rica, poderosa e influyente en el país, ha creído deber manifestar de este modo su adhesión a la fe de sus almas vilipendiada. Ejemplo es éste muy digno de ser imitado.

El Episcopado alemán ha dirigido a las Cámaras una protesta contra los proyectos de ley presentados, atentatorios a los derechos y libertades de la Iglesia católica.

INGLATERRA. Los obispos de Irlanda, reunidos en Dublín, han dirigido en común a todos sus diocesanos una carta pastoral anunciando la consagración de Irlanda al sagrado Corazón de Jesús y haciendo una exposición elocuente de los crímenes y errores de la época actual.

SUIZA. El clero de este país se muestra unido y lleno de fe y de celo. El Sumo Pontífice lo alienta constantemente con su admirable ejemplo, con sus magníficas cartas y su santa bendición. Los católicos, pues, de Suiza, por más que se vean perseguidos por los dos o tres centenares de personas que constituyen la francmasonería de su país, pueden estar seguros de que el Sumo Pontífice los bendice, de que la Iglesia entera ora por ellos, y de que Dios, que está en el cielo y se burla de los cálculos de los impíos, les dará al fin el triunfo.

El 23 de febrero, más de cuatro mil católicos ginebrinos se reunieron en Ferney, lugar del destierro de Mons. Mermillod, para protestar contra la injusticia de que es víctima por parte de los tiranuelos que gobiernan aquel país, y aclamar su autoridad espiritual y su patriotismo; después de lo cual, el Venerable Prelado les dirigió un arrebatador discurso, y luego les dio su bendición. La reunión, tenida al aire libre, terminó con entusiastas vivas a la libertad religiosa, a la patria helvética y a la hospitalidad francesa. Reinó el orden más perfecto.

ORACIÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS

PARA ALCANZAR REMEDIO EN LAS ACTUALES NECESIDADES DE LA IGLESIA

Agradecidos al favor que nos dispensan nuestros suscriptores, y juzgando que en su pecho se anidarán los mismos sentimientos de nuestra Santa, Teresa de Jesús, les ofrecemos la siguiente oración sacada a la letra de las Obras de la Santa, suplicándoles la recen mientras duren las actuales circunstancias. No parece sino que Teresa de Jesús lamentaba en su tiempo los males que hoy día afligen a la Iglesia. Sólo hay la diferencia, que pedía entonces Teresa y lloraba por sus hermanos de fuera de casa, y hoy, triste es decirlo, los enemigos del Señor son sus hermanos los españoles. Oremos, pues,

y oremos con las mismas palabras de la Santa, que salidas de aquel pecho lleno de amor divino, las oirá con mayor gusto el eterno Padre; porque con nosotros las repetirá además Teresa de Jesús allá en el cielo.

Padre Santo, que estáis en los cielos, no sois Vos desagradecido, para que piense yo dejaréis de hacer lo que os suplicamos, para honra de vuestro Hijo. No por nosotros, Señor, que no lo merecemos, sino por la sangre de vuestro Hijo y sus merecimientos, y de su Madre gloriosa, y de tantos Mártires y Santos como han muerto por Vos. ¡Oh Padre Eterno! Mirad que no son de olvidar tantos azotes e injurias y tan gravísimos tormentos. Pues, Criador mío, ¿cómo pueden sufrir unas entrañas tan amorosas como las vuestras, que lo que se hizo con tan ardiente amor de vuestro Hijo sea tenido en tan poco? Estase ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo, quieren poner su Iglesia por el suelo, deshechos los templos, perdidas tantas almas, los Sacramentos quitados. Pues, ¿qué es esto, mi Señor y mi Dios? O dad fin al mundo o poned remedio a tan gravísimos males, que no hay corazón que los sufra, aun de los que somos ruines. Suplícocoos, pues, Padre Eterno, que no los sufráis ya Vos, atajad este fuego, Señor, que si queréis, podéis; algún medio ha de haber, Señor mío, póngale vuestra Majestad. Habed lástima de tantas almas como se pierden y favoreced vuestra Iglesia. No permitáis ya más daños en la Cristiandad, Señor; dad ya luz a estas tinieblas. Ya, Señor, ya, Señor, haced que sosiegue este mar; no ande siempre en tanta tempestad esta nave de la Iglesia, y salvadnos, Señor mío, que perecemos.

JACULATORIA. Santa Teresa de Jesús, patrona de las Españas, rogad por nosotros, rogad por la Iglesia, rogad por Pío IX.

NOTA. Esta oración tiene concedidos 280 días de indulgencia por algunos Reverendos Obispos de España.

Obsequios de España a Santa Teresa de Jesús

TERESA DE VIVER. Nos escriben de dicho pueblo una bella relación de los solemnes cultos y concurrida procesión con que obsequiaron los devotos Terciarios a su Patrona, por cuya intercesión se vieron libres del pedrisco en este año. Gracias al celo del Sr. Cura Ecónomo y del beneficiado de dicha parroquia, han empezado ya a reunirse copiosas limosnas para construir una capilla y altar para colocar la hermosa imagen de la Santa, regalada a aquella iglesia en 1868 por un señor canónigo. Teresa de Jesús, que de condición es muy agradecida, recompensará con creces tanto celo por su honra en estos calamitosos tiempos. Ejemplo es éste que bueno fuera tuviese muchos imitadores en nuestra España, pues si lográsemos sembrarla de santuarios en honor de Teresa de Jesús, Jesús no podría castigar a los habitantes por quienes el agradecimiento obligaría a interceder a su querida Esposa.

GRACIAS

que se piden a santa Teresa de Jesús y se recomiendan a las oraciones de sus devotos

El retorno de los herejes a la fe católica.

La magnanimidad para todos los devotos de la Santa.

La paz de España.

La unión de todos los buenos católicos,

El apostolado de la Doctrina cristiana.

La construcción de una iglesia en honor de santa Teresa de Jesús.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE,
CAUTIVO Y POBRE

	<i>Suma anterior</i>	764,50 rs.
<i>Calaceite.</i> – Josefa María Regla: Santa Teresa de Jesús, dad la paz al mundo y asistidme en la hora de la muerte		4 “
<i>Tortosa.</i> - F.D.T. : ¡Viva Pío IX, Pontífice y Rey!		2
“ Z.: Santa Teresa de Jesús, hora es ya de que muestres tu patrocinio omnipotente a favor de España		2 “
” R.B.: Señor Jesús, salvadnos, que perecemos		1 “
	<i>Suma</i>	<hr/> 773,50 “

(*Sigue abierta la suscripción*)